

pueblo, en sus asociaciones, etc.); b) organizando pequeños grupos de acción y reflexión (grupos del Movimiento Rural Cristiano tanto de jóvenes como de adultos).

La acción y los grupos de acción, como los de los Movimientos, son el mejor medio para evangelizar nuestros pueblos. Hoy, más que nunca, es fundamental la tarea específica de los grupos de inspiración cristiana (los Movimientos de Acción Católica) que actúan en el mundo rural. Ayudan a descubrir que la fe y la vida van unidas, y que el lugar propio de los laicos es estar en el corazón del mundo, arreglando las cosas según Dios quiere.

A los animadores corresponde la tarea de acompañamiento constante. Acompañamiento que, desde el respeto, ayuda a tomar decisiones (pero no las toma el que acompaña), y fortalecer sus opciones.

PASTORAL QUE RECREA COMUNIDADES DEL SEÑOR

La parroquia, situada entre el domicilio de las gentes, sigue siendo importante en nuestros pueblos porque crea una experiencia de pertenencia a una comunidad. En ella se celebran las alegrías y las penas, los sufrimientos y los logros de cada familia y de todo el pueblo. Sigue siendo, además, el espacio más plural del pueblo.

Hoy necesitamos cultivar, fomentar y configurar formas sociales de proximidad, nuevas formas de encuentro, permeables entre dentro y fuera, sin cerrazón ni exclusión. Desde ese núcleo hay que estar abiertos y cercanos a la vida del pueblo, a los acontecimientos de la gente (Cf. GS 1). Las parroquias rurales están llamadas a ser “laboratorios de convivencia cívica”, “casa y escuela de comunión”.

La presencia creciente de inmigrantes en la realidad rural pone nuevos desafíos a la comunidad cristiana: el paso de la acogida al encuentro de las diversas identidades; la creación de lazos de fraternidad y comunión ... Nuestras parroquias rurales serán válidas si son lugares/presencias que saben acoger y escuchar los miedos y esperanzas de la gente, las preguntas y las inquietudes, también las no formuladas, y que saben ofrecer un testimonio apasionado y un anuncio creíble de la vida que es Cristo.

Debemos recrear nuestra parroquias para que sean casa abiertas a todos, que se ocupan de los pobres, que colaboran con otros agentes sociales y con las instituciones, al servicio del Reino de Dios. Desde las raíces y tradiciones religiosas del mundo rural hay que ofrecer signos de cohesión y elementos de identificación a los pueblos.

Las comunidades cristianas de nuestros pueblos deberán encontrar nuevos ritmos que sepan señalar a todos un nuevo modo de vivir la cotidianidad; ofrecer nuevos

puntos de referencia para una vida personal y social buena y justa; resaltar y apreciar los valores que se dan en los pueblos: una vida más intensa de relaciones; mayores oportunidades de convivencia; contacto con la naturaleza, con el ambiente; etc.

Hoy necesitamos de la experiencia y reflexión de los movimientos rurales cristianos para que elaboren una nueva cultura rural que sea síntesis de fe y de vida, expresada en valores, instituciones y actitudes. En una palabra, una nueva inculturación de la fe en el nuevo contexto rural.

Baltasar Gracián o la ética cristiana

BAC n.º 697, Madrid 2008

Rev. Aragon. Teol. 29 (2009)

José M.^a Andreu Celma

Este libro pretende dibujar algo así como una puerta mágica de acceso al universo espiritual de Baltasar Gracián (1601-1658), uno de los autores medulares de nuestro Siglo de Oro con mayores proyecciones actuales, e invitar al lector a leer bien, es decir, a leer despacio, con profundidad, con ojos lentos y dedos delicados esta obra sublime para llegar a la proximidad de su pensamiento más grave y caminar junto a él.

Al adentrarnos en su pensamiento establecemos en él nuestra morada. Pronto descubrimos el espíritu religioso que lo anima, escasamente percibido o positivamente negado por casi todos los críticos literarios. El jesuita está escondido bajo la máscara deslumbrante del escritor refinado. La amplia literatura que existe sobre Gracián es, en gran parte, descolorida por las notables insuficiencias que siempre comportan las roturaciones parcelarias de una obra tan compleja. No estoy seguro de que la imagen consolidada que se ha formado sobre él atine con sus rasgos esenciales. Testigo excepcional del humanismo cristiano, Gracián es un maestro en el arte de integrar lo humano y lo religioso, la piedad y las letras. Como subrayo en el primer capítulo sus reflexiones están en sintonía perfecta con la mística de la Compañía de Jesús.

Los valores éticos configuran todos los arrastres literarios de Gracián; sus reflexiones éticas manan de una antropología que ve al hombre desde la inmensa luz de Dios. El *homo viator* es el peregrino de una felicidad que sólo se alcanza en la isla de la Inmortalidad, donde, al fin, atraca su barca si en la lucha, —que eso es la vida del hombre sobre la tierra— ha sabido descifrar los acontecimientos humanos y con valor heroico ponerse de parte de la verdad y de la virtud.

La Sagrada Escritura y los Escritos ignacianos, que alimentaron sus meditaciones durante toda su vida, son sus fuentes principales. Hurgar en estas raíces del pensamiento graciano ha sido la labor más sugestiva y exigente. No pretendo hablar de Gracián desde otra cosa que no sea él. Humanista y “Letor de Sagrada Escritura”, elabora una ética inspirada en la Regla de Oro y en el Mandamiento Nuevo. El modo de inteligibilidad sugerido por la Escritura conserva en su obra un vigor intelectual propio; nos revela un gusto áspero de lo absoluto.

El lector de Gracián se vuelve a zambullir en esa noción de literatura toda entretejida de interrogaciones supremas explícitas. Es un maestro en pensar y decir la moral sostenida por una verdad religiosa. La verdad religiosa, tan sutil, adquiere en su reflexión un vigor particular abriéndose a nuevas sonoridades. El hombre padece y sostiene como puede el peso del Absoluto. Dios, sin ser refugio o salida a las crisis humanas, no se manifiesta al margen de las realidades grandes o pequeñas de cada día; a todas abraza sin tocarlas; lo religioso, misteriosamente familiar, se hace visible, pero nada más que lo preciso, sin quebrar cosa alguna, sin borrar ni humillar nada de lo que como real llega al corazón humano.

No se trata de una especie de mezcla de lo divino y lo humano ni de una permutación de elementos. Podríamos pensar en una síntesis disyuntiva, provocada por el encuentro de dos realidades diferentes que sin superponerse mantienen sus diferencias. De su gran maestro, S. Ignacio, aprendió a “usar los medios humanos como si no hubiera divinos y los medios divinos como si no hubiera humanos” (O 251), aforismo que condensa todo el *Oráculo manual*.

Como autor clásico es un reflejo de nuestra sensibilidad moderna; en sus escritos, ya viejos, podemos descubrir un estado de espíritu que es ya de muchos. Los gustos de nuestra época neobarroca ven en Gracián a su mejor precursor. Su obra, aun habiendo conservado y absorbido los rasgos decisivos de la cultura barroca, de alguna manera salta fuera de su época; llega más allá de donde apunta. Los pasajes gracianos son lugares en los que se ocultan muchos de los mitos modernos.

El interés del pensamiento de Gracián, con todas sus extrañas refracciones y reueltas, reside en las preguntas en que desemboca más que en las influencias que haya podido sufrir. Pensamiento vivo y vital, da que pensar. Un pensar detenido y cuestionante del pensamiento graciano nos permite continuar pensándolo y seguir su fuerza productiva y no sus debilidades, otear las perspectivas que abre para seguir explorando los horizontes que él divisó, resaltar las ocultas ideas fecundas, con destino espiritual, presentidas como posibles, liberando así lo que en sus escritos vive en la esperanza.

La gran aportación graciana a las reflexiones éticas es de tipo metodológico. Gracián es un maestro en *el modo* de afrontar las cuestiones éticas. Propone un modo de pensar fruto de complejos procesos de intuición, experiencia, raciocinio y praxis. La reflexión ética no es posible como transparencia; es esencialmente cuestionamiento e interrogación; lo conveniente, como tal, proyecta una trémula sombra sobre las cosas. La simultaneidad de la presencia y la ausencia es la esencia misma de la discreción. El discernimiento no es posible si una nota de luz no prende en la oscuridad creando así un imprevisible claro propicio.